

CLEMENTINA
Y DESORMES.

COMEDIA

EN CINCO ACTOS

POR

MONSIEUR MONVEL,

Y TRADUCIDA

POR DON VICENTE RODRIGUEZ DE ARELLANO.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

UN EXENTO.

VARIOS CRIADOS.

La Scena pasa en un castillo cerca de una ciudad.

ACTO PRIMERO.

Salon decentemente adornado: puertas á los dos lados, y otra en el fondo: un buró á la derecha: varias sillas.

SCENA PRIMERA.

Desormes solo sentado junto al buró.

Desorm. ¡Qué poco juicio tengo en quanto hago! *Queda un momento apoyados los codos sobre el buró: oculta su rostro entre sus manos, y despues de un profundo suspiro dice.*

No hay remedio... es preciso... Sí, Clementina; es necesario huir de tu presencia, y abandonarte para siempre. *Toma la pluma.*

Continuémos... todo esto está arreglado; nada tendrán que reprehenderme... ¡pero yo!... ¡yo! *Dexa la pluma.*

¡Ah! ¡desgraciado! ¿No debias conocerte? Tú, á quien desde la cuna persigue el infortunio... ¿era propio de tí?... No, no; mi corazon se halló comprometido, arrebatado... no lo conocia entónces. Reflexîoné quando ya era tarde...

Despues de un breve silencio se levanta, y dice con viveza.

¿Tarde? todavía es tiempo de arrancarme del peligro que me rodea: todavía es tiempo de restituir, huyendo de esta casa, la paz que he desterrado de ella... y permaneciendo, ¿quál sería mi esperanza? Armar una jóven contra todos sus deberes; hacerla rebelde á las órdenes de su padre; acabar de perderme y de perderla, alimentando el error que nos habia seducido; arrancarla de los brazos paternales, y asociar su destino al de un desventurado, que á pesar de su inocencia, ha sido tratado como criminal; á quien su familia ha arrojado de su seno, su propio padre le ha desterrado léjos de su vista; sus amigos le han olvidado; y para quien el dolor se ha convertido en un sentimiento habitual... Huyamos... es una obligacion.... ¡O padre mio! ¡quánto teneis que reprenderos!

Cierra varios papeles.

Partámos: la libertad es mia... ¡y mi corazon!... ¡terrible es el sacrificio! ¡pero el honor lo hace indispensable!

SCENA II.

Julia y Desormes.

Julia. Señor Desormes, la señorita pregunta si podeis, por un breve rato, pasar á su habitacion... ¡Ah, señor!

Desorm. ¿Qué teneis, Julia?

Julia. Clementina... está desesperada... ¡Ah! su estado despedazaria vuestro corazon.

Desorm. ¡Ay!

Julia. Su padre acaba de salir de su quarto...

Desorm. ¿Y qué?...

Julia. Acaba de anunciarle la llegada de su futuro esposo: hoy mismo llegará el padre del jóven.

Desorm. Sí; esta noche; ya lo sé: son las siete; dentro de una hora estará aquí... el hijo no llegará hasta mañana.

Julia. Monsieur de Sirván ha dexado á Clementina para adelantarse á recibir su antiguo amigo... Las lágrimas de su hija, sus razones contra un enlace que detesta, sus súplicas y su desesperacion, todo ha sido inútil... murió vuestra esperanza, y solo os aguarda una eterna separacion.

Desorm. ¡Eterna! *Suspirando.*

Julia. Bien lo habia previsto... luego que conocí vuestro amor, mi discurso mil veces me ofrecia los peligros que os amenazaban. Estado, fortuna, nacimiento, todo os decia que no podiais aspirar á Clementina; todo debia armarla contra vuestra inclinacion; todo me obligaba á descubrir vuestro secreto... pero lo he guardado: la ternura con que amo á esta niña, sus lágrimas, vuestras instancias, la estimacion que me habiais inspirado y la amistad que os profeso, todo contribuyó á mi ilusion. Los dos os manteniais de vanas esperanzas, y yo abrazaba gustosa una quimera que prometia vuestra felicidad. Todo lo han destruído los accidentes; bien tarde conozco mi error; siempre lo lloraré: vos y Clementina debeis siempre denostármelo: una palabra sola os hubiera contenido sobre la orilla de un abismo que se abre baxo vuestros pies, de lo que solo mi debilidad tiene la culpa.

Desorm. Varias veces os he dicho, Julia, que mi clase no es inferior á la de Clementina. Si el destino hubiera sido ménos tenaz en perseguirme, nunca se hubiera avergonzado de ser mi

esposa... pero no puedo explicarme mas... decís muy bien... todo nos separa... padeceré mi desdicha... ¿mas no sabeis quién es el que viene á recibir su mano?

Julia. Todavía es un misterio: quanto he podido penetrar, y quanto la señorita ha podido descubrir hasta ahora, se reduce á que su prometido esposo es hijo de un Presidente del Parlamento de Grenoble.

Con viveza.

Desorm. ¿De Grenoble decís?

Aparte.

Me expongo á ser reconocido... huyamos: ya no hay que dudar en mi resolucion.

Julia. ¿Cómo?

Turbado.

Desorm. Julia... volved á vuestra señorita... decidla... que yo tendré el honor de hablarla.

Julia. ¡Ah! Señor: ¡mucho temo que las resultas de este suceso le sean funestas! ya conoceis al señor de Sirván: él ama á sus hijos; pero es violento: en el arrebato de su cólera nada conoce, nada le contiene: á la verdad sus ímpetus no son largos, pero los primeros instantes son terribles.

Desorm. Ya lo sé: es violento, pero bueno: tiene un corazon sensible... Julia... no abandoneis á Clementina, que necesita ser consolada.

Julia. Vos podeis todo sobre su corazon. Debeis á su felicidad el sacrificio de un amor que para entrambos solo puede ser un manantial eterno de pesares; habladla... representadla... pero os conozco; y pues imploro vuestra probidad, y ésta sola es de la que puedo alcanzar todo, espero que mis votos se vean realizados.

Desorm. Yo cumpliré con mi obligacion.

Vase Julia.

SCENA III.

Desormes solo: tiene los brazos cruzados, y su semblante pinta la turbacion de su alma: permanece un breve espacio inmóvil, y solo interrumpen su silencio algunos suspiros concentrados: debe haberse arrojado sobre una silla, y despues levantándose con viveza dice.

Desorm. Yo no seré testigo de la dicha de mi rival... esta idéa es espantosa... ¿Quién será el venturoso mortal que me arrebata quanto amo

y amaré hasta mi último suspiro? Grenoble es su patria... su padre le conduce aquí... ¡Mucho debe de amarle! ¡quiere hacerle feliz, pues pidiendo para él la mano de Clementina, le da por esposa la mayor perfeccion de la naturaleza! ¡Ah! ¡padre mio! ¡sin vuestra excesiva condescendencia, sin vuestra debilidad, respecto de una cruel madrastra, yo hubiera podido, como este jóven, aspirar á ser dichoso! ¡hubierais podido anticiparos á mi rival! ¡yo hubiera recibido á Clementina! ¡me hubierais dado mas que la vida, alcanzando para vuestro hijo un bien sin el qual ni tiene, ni tendrá felicidad! ¡Ah! ¡padre mio! ¡qué diferencia! ¡vos me habeis agoviado con el peso de vuestra maldicion! me habeis alejado y proscripto de vuestros ojos... ¡La desgracia es mi única herencia; y llanto y desesperacion quanto me espera! ¡Dios mio! confortadme: bien lo necesito. ¡Gran Dios! ¡no me abandoneis! Si vuestra voz penetrando mi corazon, no hubiera contenido mil veces mi brazo desesperado... ya no exîstiría: se hubieran acabado mis tormentos: ¿qué? ¿No habré recibido la vida, sino como un azote de vuestra cólera, y no me prohibis el quitármela sino para

eternizar sus amarguras?

Queda apoyado sobre la espalda de una silla, y absorto en sus reflexîones.

SCENA IV.

Desormes y Luis.

Luis. Señor Desormes, aquí estan los arrendadores que traen dinero...

Desormes no le oye, y Luis se le acerca, y le grita.

¿Señor?

Con distraccion.

Desorm. ¿Qué ocurre?

Luis. ¡Qué agitado parece!... Aquí estan los arrendadores...

Agitado.

Desorm. Sí... y bien... supuesto que han llegado... haced que entren... procuraré vencer mi turbacion.

Aparte.

Luis. Este mozo, hace algun tiempo que trae revuelto el juicio...

Hace que se va, y vuelve.

¿Sabeis si el señorito ha vuelto á casa? su padre

pregunta por él.

Siempre preocupado.

Desorm. ¿Quién? ¿Valvill, el hermano de Clementina?

Luis. Sí señor: el hermano de la señorita: ¿en qué estará pensando?

Desorm. No le he visto en toda la noche.

Luis. Como este castillo está tan cerca de la ciudad, regularmente habrá ido á ella, y volverá á tiempo de cenar...

Aparte.

Vaya: tiene desconcertado el celebro:

Acercándose á la puerta.

Entrad, señores: el señor Desormes os despachará al instante.

Entran los dos Labradores: Luis se va.

SCENA V.

Desormes y los dos Labradores.

Labr. 1. Dios os guarde, señor Desormes: seguramente os habrémos hecho esperar; pero hasta ayer no habiamos recibido vuestra carta.

Desorm. Tampoco yo, amigos mios, supe hasta ayer la necesidad que mi amo tenia de la can-

tidad que os he pedido de su parte.

Labr. 2. Aquí la traemos.

Desorm. Creo que os corresponde traer cinco mil francos.

Labr. 1. Y con los siete que á mí pertenecen y traigo, se completa la suma: bien necesitábamos alguna rebaxa, ó á lo ménos alguna espera, pues el año ha sido infeliz.

Labr. 2. Y á no ser por algunos amigos, no hubiéramos podido cumplir.

Desorm. Vivid seguros de que si en mí hubiera consistido, os habría concedido el tiempo necesario.

Labr. 1. ¡O! no lo ignoramos: sois muy bueno y compasivo: si llegais á ser rico, y poseeis tierras, serán felices los que sean vuestros colonos: os interesaréis en sus penas; distinguiréis los accidentes; conoceréis que el trabajo es siempre el mismo, que siempre nuestro sudor riega la tierra; pero que ésta engaña muchas veces nuestras esperanzas: no exîgiréis de los que la cultivan que os paguen mucho quando nada hayan cogido: seréis su padre, y ellos os llenarán de bendiciones: ¡ah! ¿por qué no se os parecen todos los poderosos?

Desorm. Os agradezco tan lisonjera pintura, que verdaderamente es el retrato de mi amo: vuestra desgracia ha sido que éste no pudiese pasar sin este dinero, del qual necesita, no para sí, sino para servir á un amigo.

Labr. 2. En este supuesto, no me queda sentimiento alguno.

Desormes, durante esta scena, ha hecho los recibos, y se los entrega.

Desorm. Tomad el recibo... sí, él es: este otro es el vuestro.

Labr. 1. Mil gracias.

Labr. 2. Hemos pagado para bastante tiempo.

Desorm. Creo que no partiréis esta noche.

Labr. 1. Está ya muy adelantado: mañana al amanecer partirémos.

Labr. 2. Pero os detenemos demasiado, y tendréis acaso mucho que hacer. A Dios, señor Desormes.

Labr. 1. No os olvideis de protegernos.

Desorm. A Dios, mis buenos amigos, pasadlo bien.

SCENA VI.

Desormes solo.

Dexa los sacos sobre el buró abierto, y despues de un breve momento de reflexîon, dice.

Desorm. No: no iré á hablar á Clementina... ella ignora que debo partir esta noche... ¿pero tendría valor para encubrírselo?... lo conocería en mis ojos, en mi corazon... y su dulzura, sus lágrimas... no es posible que la hable... acabaría de perderme: esta carta la instruirá mejor que quanto yo pueda decirle; no veré su llanto, ni ella será testigo de mi desesperacion.... pero alguno viene...

Mirando adentro.

¡Cielos! ella es... ¡con que todavía tendré la precision de verla!

SCENA VII.

Clementina y Desormes.

Este se adelanta á recibirla; y ella desvía el rostro para ocultarle su llanto.

Desorm. ¡Clementina! ¡gran Dios! ¡en qué estado os miro! por Dios que os sereneis, pues vuestro dolor me despedaza el corazon.

Se ha sentado.

Clem. ¡Ah, Desormes! ¡vos me abandonais, me dexais sola, y entregada á mis mortales sentimientos!... permitís que me sacrifiquen... y me habiais dicho que vuestra clase no era inferior á la mia.

Desorm. Y es cierto: mi padre ocupa un estado distinguido en una de las primeras ciudades del reyno: mi sangre es ilustre; y conocido con alguna distincion el nombre de mis abuelos... pero eso mismo me hace mas desventurado.

Clem. ¿Y por qué siempre me habeis ocultado el orígen de vuestras penas? ¿por qué no os habeis descubierto á mi padre, el qual, sin duda, os hubiera servido?

Dosorm. Me há sido preciso callar, padecer, y no revelar un secreto, cuyo descubrimiento hubiera llenado de confusion á quien me dió el ser: una madrastra ha sido la causa de todas mis desventuras: mi padre adoraba en ella, y me sacrificó á su tranquilidad personal, sin mas motivo que algunas inconseqüencias bien disimulables en mis pocos años: mi madrastra, por adelantar un hijo, único fruto de su matrimonio, emponzoñó mi conducta á los ojos de mi padre: dióla crédito: y yo, demasiado firme para ceder á la sinrazon, defendí mi inocencia y mis derechos con demasiada energía: me supusiéron los designios mas detestables: no hubo horror que no se me imputase; y mi padre irritado por las sujestiones de su esposa, y continuamente enardecido contra mí, me desterró de su presencia, agoviándome con el peso de su maldicion.

Clem. ¡Qué padre tan cruel!

Desorm. Conocí, por especies indirectas, que trataban de aprisionarme: huyo léjos de mi patria, y despues de haber vagado largo tiempo, llego en fin á este sitio: os veo, os amo, y doy todos mis males al olvido. El estado de mayor-

domo, tan poco conforme á mi clase, se ennoblece á mis ojos, pues me acerca á vuestra hermasura. Presentado al señor de Sirván, por un antiguo militar que conocia bastante para abonarme, me recibe en su casa... y en vano he esperado del tiempo y la fortuna una mutacion que me permitiese aspirar á vuestra mano.

Clem. ¿Pero por qué no habeis procurado justificaros con vuestro padre?

Desorm. Mis cartas han sido interceptadas: las mediaciones de mis amigos infructuosas: esto me desanimó, y no hice mas tentativas: siete años ha que nada sé de mi familia, y pronto hará once que ella misma me arrojó de su seno.

Clem. ¡Desgraciado! ¡con tantas virtudes!

Desorm. Si la virtud no hallase dentro de sí misma su recompensa, ¿qué serviría el ser virtuoso? Solo vuestro dolor es un tormento que no puedo sobrellevar: ¿me perdonaréis haberos causado unos pesares?...

Clem. ¡Qué no acabarán sino quando acabe mi vida!... pero de nada os culpo.

Desorm. ¡Ah! ¡por compasion, no me hagais pedazos el corazon! ¡ah! ¡jamas, jamas podré ser vuestro!

Clem. ¿Y sois vos quien me lo decís?... ¿vos? cruel... teneis razon: repetidme que nunca seré vuestra... ¿pero qué error nos habia seducido? ¿no debiamos preveerlo?... ¡Ah! de nada os acuso: mi corazon se anticipó al vuestro, y yo soy la única culpable... mi padre ha resuelto que dentro de tres dias... Desormes, yo necesito que un amigo me alargue una mano protectora: la vuestra es la que imploro: fortaleced mi razon que se extravía; sed mi protector, mi único apoyo... dadme armas contra vos mismo... yo no puedo ser vuestra: sanad mi corazon de un amor que hacia toda su ventura: hablad: en vos tengo puestas todas mis esperanzas: volvedme á mí misma: vuestra fortaleza debe ser alma de la mia.

Con el esfuerzo mas penoso.

Desorm. ¡Clementina! la ausencia, el tiempo y la reflexîon os exîmirán de unos sentimientos que convertirá hácia otro la fuerza de la obligacion: cada dia aumentará vuestros esfuerzos: conoceréis los progresos; os aplaudiréis de ellos, y la razon apresurará la victoria.

Mirándole fixamente.

Clem. Supuesto que os persuadís á que el tiempo triunfará de mi ternura, yo no dudo que él mismo apagará vuestro amor.

Desorm. ¿Yo cesar de amaros? nunca, jamas... pero me olvido... Señorita, dentro de tres dias otro tendrá derechos sobre vuestro corazon...

Con viveza.

Clem. ¡Derechos! ¿puede producirlos la fuerza?

Desorm. No; el alma es libre; pero debe sacrificar su libertad á unas obligaciones de convencion, quando en estas se interesa la dicha de la sociedad. Vencer y sujetar sus pasiones es su continuo empleo; debe y puede hacerlo. Si el empeño es penoso, es muy dulce tambien decirse uno á sí mismo: estoy rodeado de gentes, cuya felicidad consiste en mí; mucho me ha costado el adquirírsela; pero he combatido, he triunfado, son felices, y á mí me deben la felicidad que disfrutan: esto es lo que dirá Clementina viendo á su esposo, sus hijos y á su padre: se tranquilizará: se acordará de mí, y siempre con un sentimiento de estimacion.

Clem. ¡Ah! ¡amigo mio! no habeis acertado á confortarme; pues confirmando la opinion en que

os tenia, no habeis debilitado mi amor.

Desorm. Señorita...

Clem. Yo haré todo lo posible por vencerme... desespero de alcanzarlo... pero emplearé todos mis esfuerzos... mas... ¡ó Dios mio! ¿qué será de vos? ¿quál será vuestra suerte?

Desorm. El hombre honrado siempre tiene medios lícitos para preservarse de la indigencia: la guerra está encendida: ya he servido ántes; volveré á servir: bien sé que la fortuna que se adquiere por medio de las armas es lenta, y á veces mas brillante que sólida, y que el valor continuamente queda sepultado en el olvido; pero es glorioso servir á la patria, por mas que algun dia pueda argüírsele de ingrata.

Clem. Pues bien: ausentaos; huid de mí; servid á vuestra patria, pero no os expongais demasiado, pues siempre me será apreciable vuestra vida. Acordaos de Clementina, en cuya memoria viviréis eternamente... A Dios .. Desormes, á Dios... vuestra clase es igual á la mia; pudiera habernos unido un vínculo sagrado; un padre ciego y cruel os destierra, os agovia baxo el peso de su cólera... ¡Ah! ¡ya no volverémos nunca á vernos!... yo os amo, sí... yo os amo...

y en brevísimo tiempo voy á ser esposa de otro... A Dios... á Dios para siempre.

Se aleja lentamente siempre mirando á Desormes, que no la pierde de vista: ambos hacen una accion que manifiesta su desesperacion, y Clementina entra en su quarto.

SCENA VIII.

Desormes solo.

Desorm. ¡O virtud! ¡ó virtud! ¿estás ya satisfecha? ¿puede ser mas completo el sacrificio? esto es hecho; acabo de despedirme para siempre: entregaré esta carta á Julia para que se la dé á Clementina, quando yo me halle léjos de aquí... esta noche misma será... Esta es la vez postrera, ó Clementina, que oirás hablar del desdichado Desormes. Mis cuentas estan arregladas, y puedo ahora... ¿pero qué ruido?.... ¿si esto será?...

Se acerca á la derecha, y mira adentro.

una silla de posta... ya no hay remedio: es el padre del que ha de ser esposo de Clementina... partamos sin dilacion... pero me olvidaba... ¡ah! huyamos, y evitemos preguntas que pudieran...

sí; mis efectos me serán devueltos... ¡Ah! ¡si la tranquilidad de mi querida estuviese asegurada!... llevaré este dinero á la caxa, y enviaré la llave al señor de Sirván quando...

SCENA IX.

Julia y Desormes.

Desorm. El Presidente acaba de apearse de la silla: este es el quarto que se le destina, y adonde acaso vendrá al momento... vos le veréis, y sabréis...

Quando entra Julia, Desormes está en pie con dos saquillos de dinero baxo el brazo, y en actitud de coger otros: luego que oye á Julia dexa caer los saquillos en el buró que estará abierto; lo empuja, y dexa la llave; y lleno de turbacion la dice lo siguiente, presentándole la carta.

Desorm. ¡O Dios! no... yo no puedo... Julia... hacedme el gusto de entregar esta carta á la señorita.

Julia. ¿De vuestra parte?

Desorm. Sí.

Julia. ¿Al instante?

Muy turbado.

Desorm. No, no... ¡ah Julia!... yo os lo pido por favor... esta noche... sí... esta noche... pero no; no se la entregueis hasta mañana.

Julia. ¿Mañana? está muy bien.

Desorm. A Dios, Julia.

Julia. Pues qué, ¿no os volverémos á ver?

Desorm. No os apartéis de ella ni un instante... Compadecedla... consoladla... nunca olvidaré las infinitas obligaciones que os debo... decidla, que jamas se apartará un momento de mi corazon... que hasta la muerte... ¡ah Julia!... á Dios... mis lágrimas os dicen demasiado... pero es forzoso... á Dios... á Dios, amable Julia.

SCENA X.

Julia sola.

Julia. ¡Ah desventurada Clementina! su llanto me ha descubierto todo... ¡y que nunca volverán á verse!

SCENA XI.

Julia y San German.

S. Germ. Julia, ¿no me diréis dónde está el se-

ñorito? Una hora hace que su padre está preguntando por él.

Julia. Yo no lo sé: ya va para muchas veces que no vuelve á casa sino muy tarde: esto no era en él regular; y yo pienso, San German, que vuestro amo jóven se extravía.

S. Germ. Si su padre lo supiera, con la dureza de su genio, habria un alboroto en la casa... no digais nada; puede que esto sea alguna travesura, efecto de sus años juveniles... qué diablos... vé aquí lo que es el no conceder á los jóvenes una prudente libertad... El exceso de severidad les es tan perjudicial como la demasiada indulgencia.

Julia. ¿Qué le quiere su padre?

S. Germ. Que parta conmigo á las cinco de la mañana, para recibir á su cuñado futuro el señor de Franval el hijo; porque al cabo ya sabemos el nombre de este esposo tanto tiempo encubierto. Un asunto de honor le precisaba á ocultarse; pero se ha compuesto, y en adelante ya es inútil todo misterio...

Una campana.

Pero suena la campana: señal de que quieren cenar: agur, Julia, hasta la vista.

Julia. A Dios, San German: voy á buscar la señorita; manejaré con la posible delicadeza su corazon sensible y desgraciado, preparándola por grados al terrible golpe que tengo de darla.

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

Clementina y Julia.

Julia. ¿Es posible que huyais de mí?

Clem. ¡Ah! dexadme... dexadme.

Julia. Todos en la mesa han conocido vuestro dolor, ¿qué juicio formarán?

Clem. ¿Qué me importan la opinion, ni los juicios?... me sacrifican, me despedazan el corazon, ¿y no me ha de ser lícito el llorar?

Julia. Pero os puede ser muy perjudicial un estado tan violento.

Clem. Muera yo... ¡ah!.. muera yo de una vez.

Julia. Vivid, vivid para los que os aman: para Julia que tanto se interesa en vuestra suerte: que os ha cuidado desde vuestra infancia: que os mira como hija suya, y que por vos sacrificaria su vida. ¿No soy yo aquella á quien tan repetidas

veces dísteis el dulce nombre de madre, honrándome con este dictado desde el momento en que la muerte os arrebató la vuestra? ¿es esta la recompensa que esperaba? ¿en pago de tantos desvelos me reducís á la mas espantosa desesperacion?

Abrazándola.

Clem. ¡Mi amiga!... ¡mi tierna amiga!...

Baxando la voz, y con cierta timidez.

¿No ha cenado en casa? ¿no sabeis dónde está?

Julia. No.

Clementina debe hacer todas estas preguntas como temblando de saber lo mismo que desea.

Clem. ¿Le habeis hablado?

Julia. Sí señora.

Clem. ¿No os ha dicho á dónde iba?

Julia. No se lo he preguntado.

Clem. ¿Creeis que se habrá ausentado?

Julia. Me parece que no.

Clementina se para un poco: mira fixamente á Julia, y dice con expresion del mayor sentimiento.

¡Ah! ¡Julia! ya jamas volveré á verle.

Se arroja en los brazos de Julia, y ésta la abraza con ternura.

Julia. Señorita...

Comienza á estar fuera de sí.

Clem. Quieren que sea esposa de Franval... mañana llega... y exîgen que dentro de tres dias le siga á los altares...

Julia. Es forzoso que os resolvais á obedecer.

Resuelta.

Clem. ¡Nunca! ¡jamas! estoy desesperada...

Suave.

Desormes me habia tranquilizado... ¡la virtud tiene tanto ascendente sobre las almas que la siguen... y la mia nada tiene de que acusarse... yo no sé lo que ahora pasa en mi corazon... cada instante agrava mis pesares.

Julia. Sosegaos Clementina, y pueda la razon tener bastante imperio, á lo ménos para que...

Clementina se levanta, y dice con la mayor fuerza, y la expresion mas rápida lo siguiente.

Clem. ¿Para qué viene este Franval? ¿qué es lo que le autoriza para pedir mi mano? El amor no puede servirle de excusa: yo no le conozco: jamas me ha visto. ¿Qué derecho tiene á mi ternura? ¿mira mi consentimiento como inútil para tan sagrado vínculo? Mis sentimientos ¿no son nada para su delicadeza?... ¿Pero qué placer tan bárbaro es el oprimir un ente débil, que no tiene

mas defensa que sus ruegos y sus lágrimas? ¿por qué se ha de hacer pedazos un corazon que ya no puede enternecerse? ¿por qué llevar arrastrando hasta las aras á una desventurada, que á toda la naturaleza y al cielo pone por testigos de la violencia que hacen á su voluntad? ¿con que piensan que una muger no es sino una desgraciada víctima que se puede sacrificar sin compasion? ¿con que nada interesa á los hombres nuestra felicidad, y erigiéndose en tiranos, hemos de ser por fuerza sus esclavas?

Julia. El hijo del Señor de Franval, sin duda, no querrá abusar de la autoridad de vuestro padre, ni del apoyo que hallan en éste sus pretensiones: hay hombres generosos, y muy bien puede ser éste uno de ellos.

Algo serena.

Clem. Muy bien: me lisonjeo de que compadecerá mi desesperacion: que alcanzará de mi padre el rompimiento, ó á lo ménos la dilacion de un enlace que miro con tanto horror. Mi hermano es su íntimo amigo: él me lo acaba de decir... se conocen desde sus mas tiernos años... ¡Ay! Valvill ignoraba que me destinaban para esposa de tan tierno amigo: él hubiera empleado, sin duda,

todos los resortes de la amistad para disuadirle de esta alianza... mi hermano me servirá: yo le suplicaré: le rogaré que haga de manera que su amigo se compadezca de mi fatal destino... ¿Está todavía en la mesa?

Julia. Creo que sí; y aun me ha parecido que estaba muy triste.

Clem. ¡Mi padre es tan severo! á pesar de la bondad de su corazon y ternura para con nosotros, ¡se arrebata algunas veces tan rigurosamente!... su violencia es tan terrible, que siempre nos ha inspirado temor mas que confianza... ¡Ay! si hubiese tenido compasion de su hija; si mis lágrimas le hubieran conmovido, no me veria en el horrible estado en que me veo! porque en efecto, mi situacion es muy funesta y espantosa. El cielo me dió un carácter naturalmente propenso á la melancolía: dotada de un corazon demasiado sensible, quantas impresiones recibe, nunca pueden borrarse. Ya me conoceis, Julia: bien veis que en mí no cabe mudanza; y que no es posible que vea con indiferencia lo que para mí fué objeto de la mas tierna inclinacion. Juzgad si es posible que olvide á Desormes: que otro ocupe su lugar en mi corazon; y si cabe en mí

el contraer el vínculo mas respetable ; quando me abrasa un fuego tan opuesto á sus obligaciones.

Julia. No : os hago justicia ; pero ya conoceis la extension de los deberes que os imponen el título de hija, y el de esposa, del qual vais á revestiros... pero han dexado la mesa... y alguno viene á este quarto.

Clem. Mi padre es... oigo su voz... yo me estremezco... nunca su acento me ha hecho semejante impresion.

SCENA II.

Los dichos, y Monsieur de Sirvan con Monsieur de Franval, padre.

Sirv. ¿Nadie ha visto á Desormes, ni se sabe dónde está?

Julia. No señor.

A Franval.

Sirv. Es mi mayordomo : creo que no necesitais el dinero precisamente esta noche : mañana recibiréis toda la cantidad : Desormes os la entregará; pues hoy mismo habrá recibido una parte para complemento de la suma.

Franv. Nada urge, amigo mio: mañana, ó despues de mañana, es lo mismo: nada os altere: verdad es que la adquisicion de unas posesiones tan inmediatas á las vuestras me interesa; pero por unos dias mas ó ménos, no dexaré de obtenerla. ¿Qué teneis, señorita? ¿me parece que estais incomodada?

Sirv. No es nada; nada: vete á tu quarto.

Franv. Solo su aspecto inspira el mas vivo interés.

Clementina mira á su padre como fuera de sí: hace un gesto, que significa la turbacion de su juicio: se acerca á su padre, le toma la mano, se la besa, le mira, suspira, y vase con Julia.

SCENA III.

Sirvan y Franval, padre.

Franv. Muy bien deciais, amigo mio: Clementina tiene mil gracias: mi hijo es de apacible condicion; tiene bellas qualidades, hará feliz á vuestra hija, y estoy seguro de que él tambien lo será con ella.

Sirv. La mudanza de estado la amedrenta, pero

con la amabilidad de vuestro hijo se le hará soportable.

Franv. Me lisonjeo de que sabrá complacerla: precisado á ir á dar gracias al Ministro, y hacer alguna otra diligencia, no ha sido posible que viniera juntamente conmigo.

Sirv. Espero que mañana tendré la satisfaccion de abrazarlo; pero estais cansado: franqueza entera: ese es vuestro quarto: entrad á descansar.

Franv. Pues me lo permitís, usaré de una absoluta libertad.

Sirv. Aquí es: seguidme.

SCENA IV.

Los dichos, Valvill y San German.

Sirv. S. German, tomad luces.

A Valvill.

Mañana á las cinco estaréis á caballo tú y S. German: cuidado con que no haya pereza.

Valv. Os obedeceré puntualmente.

Sirv. Venid, amigo mio.

Franv. Felices noches, amado Valvill.

Valvill le hace una cortesía.

SCENA V.

Valvill solo.

Se pasea algunos instantes agitado, y luego dice.

Valv. Nada encuentro... ningun recurso se me ofrece... sin embargo, no es posible dilatar el asunto; mi palabra de honor está empeñada... ¿pero por qué fatalidad yo, que jamás tuve tan funesta pasion, me he dexado arrebatar... un momento de ociosidad... compañías que debiera evitar... ¡ah! en nosotros está el contener á los principios el vicio; pero despues del primer paso nos arrastra, nos domina, y nos impide el retroceder... si llego á salir de este abismo, jamas volveré á incurrir en semejante falta... y es preciso partir mañana... ¡ó cielos! ¿qué partido he de tomar? ¿á qué arbitrio puedo recurrir?

SCENA VI.

Valvill y San German.

Este con una luz.

S. Germ. ¿Todavía estais aquí, señor?

Valv. ¿No lo ves?

S. Germ. ¿Cómo no vais á dormir? Mañana á las cinco es preciso que marchemos.

Paseándose inquieto.

Valv. Ya lo sé.

S. Germ. ¿Qué es lo que teneis?

Valv. Nada.

S. Germ. Nada... nada... á fé que por lo regular no estais tan triste: no habeis cenado... vaya, no puede ménos: teneis alguna cosa que no quereis confiarme...

Valv. Nada tengo, hombre: yo te lo repito: estoy muy sosegado.

Siempre paseándose turbado, y hablando consigo.

Cada instante aumenta mi confusion... sin embargo es forzoso cumplir con mi palabra, ó quedar deshonrado.

Dexa prontamente la luz sobre una mesa, y se acerca á Valvill.

S. Germ. ¡Deshonrado!... ¡Señor! explicaos.

Mirando á San German con deseo y temor de explicarse, le toma la mano, y suspirando dice.

Valv. Amigo mio...

S. Germ. ¿Señor?

Valv. Me hallo en la mas terrible situacion.

S. Germ. Me estremezco al oiros... ¿pero qué os sucede? ¿habeis salido, ó teneis que salir á algun desafio? Hablad por Dios: hablad.

Valv. He jugado... y he perdido.

S. Germ. ¿Mucho?

Valv. Mil luises.

S. Germ. ¡Ah señor!

Valv. No tenia conmigo sino ciento; y el resto he perdido baxo mi palabra.

S. Germ. ¡Mil luises!... y si vuestro padre lo supiera...

Valv. ¡Ah San German!... por Dios que no me descubras... bien conoces el carácter de mi padre.

S. Germ. Yo callaré... pero él, que mira el juego como uno de los mas funestos vicios... nunca os lo perdonaria... ¿pero es posible que os atrevieseis á aventurar tan considerable cantidad? ¿está

en vuestro arbitrio satisfacerla? ¿no dependeis de un hombre severo é intratable sobre todas las locuras de la juventud?

Valv. Me hallé comprometido.. pierde uno, se obstina; y quanto mas adversa le es la fortuna, mas se empeña en contrarestarla: la esperanza de reparar la pérdida primera le arrastra y conduce á una ruina total... esto es lo que me ha pasado.

S. Germ. ¿Y habeis empeñado vuestra palabra de honor?

Valv. Y no puedo faltar á ella sin cubrirme de infamia.

S. Germ. ¿Y quién es vuestro acreedor?

Valv. Un oficial extrangero que se pone en camino á las quatro de la mañana; y á quien he prometido que ántes de las tres tendria el dinero en su casa.

S. Germ. ¿Y no hay medio de obtener alguna tregua?

Valv. ¿Cómo obtenerla de un hombre que se ausenta, de un extrangero á quien acaso no volveré á ver jamas?

S. Germ. ¿Pero dónde se ha de hallar semejante cantidad?... yo tengo como unos cien luises; es

todo quanto poseo, y os lo ofrezco con todo mi corazon.

Valv. ¡Ah! amigo mio... de nada me sirve tan corta suma.

S. Germ. Ya se vé que no.

Valv. ¡Qué será de mí!

S. Germ. En verdad, señor, que yo no hallo sino un recurso, que es hacer frente á la tempestad: todavía no estará dormido vuestro padre; entrad en su quarto, y confesadle todo.

Con mucha viveza.

Valv. ¡Cielos! ¿decírselo á mi padre? ¿y quién sabe hasta dónde le conduciria su furor?

S. Germ. ¿Pues qué habeis de hacer?

Valv. ¿Conociendo á mi padre me propones semejante resolucion? En los primeros impulsos de su cólera se arrebataria hasta los extremos mas violentos... no, no: temo demasiado su enojo.

S. Germ. Por mas que atormento mi imaginacion, nada me ofrece que os pueda sacar de tan penosa situacion.

Toda esta scena, que pasa junto al quarto de Franval, padre, se representa á media voz, y quando es preciso esforzarla, los actores deben manifestar el temor que tienen de ser escuchados.

Valv. ¡O Dios! ¡qué estado el mio tan lastimoso! si he cometido una falta ¡qué terriblemente soy castigado!

Diciendo esto se dexa caer sobre la silla colocada enfrente del buró: toca involuntariamente la llave: la mira: abre: vé los sacos del dinero: los contempla con ansia: cierra precipitadamente el buró: se aparta: vuelve; y despues de una breve pausa, dice con la mayor agitacion á San German, que todo este tiempo ha estado pensativo.

¿S. German?

S. Germ. ¿Señor?

Valv. ¿Puedo contar contigo?

S. Germ. La duda sola me ofende.

Valv. Dame palabra de que á nadie revelarás nada de lo que voy á decirte, sea lo que fuere.

S. Germ. Yo os lo prometo.

Valv. Pues escucha... tiemblo al decírtelo... en este buró hay...

Retirándose horrorizado.

S. Germ. ¡Ah señor! ¿qué es lo que pensais?

Con mucha viveza.

Valv. Escúchame ántes que me condenes; yo te lo suplico. Mi padre no abre este buró sino muy rara vez: Desormes no trabaja aquí sino por las noches: con el dinero que en él se encuentra pagaré mi deuda al oficial: partirémos inmediatamente; recibirémos al jóven Franval, á quien haré relacion del caso: acaba de heredar los bienes de su madre: el designio que tiene de fixarse aquí, y la adquisicion que cuenta hacer en estas proxîmidades, segun nos ha dicho su padre, es fuerza le precisen á traer consigo el dinero suficiente: es demasiado amigo mio para negarme quanto necesite en situacion tan urgente: estoy seguro de que me dará quanto quiera: volveré á poner la cantidad en el buró mañana despues de comer, y quedará el caso oculto y remediado.

S. Germ. Jamas consentiré en ello... os debierais avergonzar solo de pensarlo.

Valv. Pero la estrechez en que me veo, y la severidad de mi padre, parece que me disculpan.

S. Germ. No señor; nada puede justificaros: hi-

císteis mal en dar vuestra palabra; no debíais hacerlo... un hombre honrado jamas empeña su palabra de honor, si no está seguro de cumplirla; os hallais en este caso: habeis hecho mal, malísimamente.

Valv. Convengo en ello; pero ya no hay otro remedio.

S. Germ. Haced lo que quisiereis: yo me voy: de ningun modo seré vuestro cómplice; soy un miserable criado, pero muy hombre de bien.

Hace que se va.

Deteniéndole.

Valv. S. German: amigo mio: no me abandones.

S. Germ. No señor: de ningun modo: sois muy dueño de vuestras acciones; pero yo no os ayudaré, ántes bien voy á avisar á vuestro padre.

Con mucho fuego.

Valv. S. German... guárdate de reducirme á una desesperacion... tiembla... soy capaz de...

S. Germ. Matadme... sois dueño de hacerlo... matadme... pero nunca me obligaréis á envilecerme.

Valv. Si me descubres... no temas por tu vida: no soy un monstruo; pero soy un hombre perdido, desesperado... si me vendieses... ¡ó Dios! tiem-

bla... no respondo de mí... soy capaz de arrojarme al mayor extremo... tendrias que acusarte de mi muerte.

Espantado.

S. Germ. ¡O cielos!... ¡ah!... Señor, señor... ¿qué es lo que os atreveis á pronunciar?

Valv. El tiempo vuela... la noche se adelanta... puedes salvarme ó perderme.

S. Germ. Vedme á vuestros pies: señor mio... mi amado señor: por quantos desvelos y fatigas me ha costado vuestra infancia, os ruego que tengais compasion de vos mismo; mirad que os perdeis, y os deshonrais.

Dando un paso para salir.

Valv. ¿No quieres?...

Levantando la voz, y siempre de rodillas.

S. Germ. ¡Mi querido señor!...

Valv. Calla... calla... si levantas la voz, adelantarás mi perdicion.

Del mismo modo.

S. Germ. ¡Mi amado señor!...

Desprendiéndose de S. German.

Valv. Déxame.

S. Germ. ¿A dónde vais?

Valv. A que la muerte me preserve del crímen que me rodea.

Abrazando por el cuerpo á Valvill, y sollozando.

S. Germ. ¡O Dios! pues bien... ¿qué es lo que he de hacer ya que os perdeis, y á mí tambien?

Valv. ¡O amigo mio! yo te precipito conmigo en el abismo... pero la desgracia... la fatalidad...

Le arrastra hácia el buró, y él resiste de algun modo.

S. Germ. ¡Con qué violencia late mi corazon!... ¡Ah señor! ¿qué es lo que hacemos?

La mano sobre la llave, y detenido en abrir.

Valv. ¡O espantosa conseqüencia del error primero!

Abre: se retira, y oculta el rostro entre sus manos.

Con la una mano alumbra, y con la otra contiene á Valvill.

S. Germ. ¡Ya está abierto! no tomeis nada... por Dios no tomeis nada.

Valv. Calla... calla...

S. Germ. Me dexais perdido para siempre.

Apoyado sobre el buró, trémulo, y con voz apagada.

Valv. La respiracion me falta... mi estado es tan horrible como el tuyo.

Se dexa caer sobre una silla.

S. Germ. ¡Ah! ¡señor! si tanto cuesta el cometer un crímen, ¿cómo se encuentran tantos malvados?

Valvill pone varios saquillos baxo los brazos de S. German: toma él otros, y algunos cartuchos de moneda, y cierra el buró dexando la llave.

Valv. Esto será muy bastante.. retirémonos. . partamos al instante... voy á cumplir mi palabra. Mañana, gracias á Franval, todo quedará reparado... pero no la vergüenza consiguiente á un crímen, que por mas oculto que quede, eternamente estará oprimiendo mi desconsolado corazon.

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Comparecen sentadas Julia y Clementina: ésta tiene la carta de Desormes en la mano: es de dia.

Julia. ¿Es posible que á nada pueda reduciros mi cariño? habeis pasado toda la noche llorando; y el dia nos ha sorprehendido, á vos, resistiendo obstinada los cuidados de mi ternura; y á mí, recordándoos inutilmente lo que debeis á vuestro padre y á vos misma... señorita...

Clem. ¡Ya nunca volveré á verle!...

Julia. ¡Ah! ¿por qué os he entregado esa carta?

Clem. Esto es hecho... todo se ha acabado para mí.

Julia. Volvamos á vuestro quarto... aquí todo el mundo puede hacer reparo en el desórden terrible de vuestra alma...

Clem. Esta carta es la sentencia de mi muerte... se despide de mí para siempre, y no es posible que yo pueda sobrevivir á esta desgracia.

Julia. Esta es la hora en que vuestro padre ven-

drá sin duda á ver al señor de Franval... pasará por aquí: ¿qué pensará de vuestra situacion... señorita...

Se arroja en los brazos de Julia.

Clem. ¡O tierna amiga mia! tú eres lo único que me ha quedado en el universo: Desormes me ha dexado para siempre... mi padre es inflexîble... sino es el tuyo, Julia, todos los corazones se han cerrado para mí: yo me arrojo en tu seno... ¡ah! ¡no tengas, como todo quanto me rodea, la barbarie de insultar mi dolor! pocos momentos tendré que padecer: el espectáculo de mis males muy poco tiempo fatigará tus miradas... si tú me dexas, ¿quién recibirá mis últimos suspiros?... Si tú me abandonas, ¿quién cerrará mis ojos moribundos? Julia.... Julia...

Con mucha ternura.

Julia. ¿Qué decís? ¿yo abandonaros? ¿yo no interesarme en vuestras penas? ¿á mí me manifestais semejantes aprehensiones?... pero Clementina, ¿qué desesperacion se apodera de vuestro corazon? ¡Cómo! los principios mas seguros, vuestra reflexîon, y el imperio que siempre habeis tenido sobre vos misma, ¿todo cede á la

fuerza de una pasion insensata? Pensad que os separa todo de Desormes, á quien jamas volveréis á ver.

Clem. Nunca... nunca...

Julia. Reflexîonad que en breve tendrá otro derecho para acusaros de unos sentimientos injuriosos respecto de él, y criminales en vos.

Clem. Bien veo la suerte que me espera... pero mi eleccion es tal, que no puedo avergonzarme de mis amores, desaprobarlos, ni extinguirlos.

Julia. Alguno se acerca... es vuestro padre... ¡ah! si es posible, ocultadle vuestras lágrimas.

SCENA II.

Clementina, Julia, Sirván y Luis.

Sirv. ¡Enviarme la llave de la caxa!... sin motivo... sin explicarse... es cosa bien extraña... ¿no ha estado en casa esta noche?

Luis. Nadie le ha visto.

A Julia.

Clem. Hablan de Desormes.

Julia. Moderaos.

Sirv. Confieso que esto me sorprehende: á lo ménos debiera avisarme que se iba al campo, en

donde es regular que se halle.

Luis. Nadie sabe dónde está.

Sirv. ¿Pero dónde está el dinero que ayer recibió?

Luis. Sin duda lo habrá depositado en este buró, sobre el qual trabajaba, quando los labradores viniéron á traérsele. Yo no sé lo que ayer tenia el señor Desormes; pero estaba muy triste, distraído y sumamente agitado.

Sirv. Hace algunos dias que su conducta es extravagante... ¿á qué hora salió mi hijo?

Luis. El y San German estaban ya á caballo ántes de las quatro.

Sirv. ¿Ha despertado el señor de Franval?

Luis. Sí señor.

Sirv. Voy á su quarto.

SCENA III.

Los dichos y Cárlos.

Cárl. Vengo á participaros, que el señor Desormes se ha ausentado.

Sirv. ¿Cómo?

A Julia, que con sus acciones procura contenerla.

Clem. ¡Ah! ¿por qué estoy aquí?...

Cárl. Sí señor: yo lo he visto partir.

Clem. ¡Le ha visto!

Cárl. Pero se ha ido para no volver: así lo ha dicho, y yo lo he oído.

Sirv. ¡Para no volver! es imposible... sin verme... sin prevenirme... ¿se ha llevado sus efectos?

Luis. Todavía estan en su quarto.

Cárl. Digo, señor, que acabo de verle: yo salia de la ciudad al mismo tiempo que él; se despedia de un amigo: parecia loco, y estaba tan desfigurado, que con dificultad le he conocido.

Apoyándose en Julia.

Clem. ¡Ah!

Cárl. Atónito de verle así, me oculté en un sitio de donde podia oir todo sin ser visto: su amigo le decia... ¿Pero por qué temeis que os reconozcan? Despues de once años estan vuestras facciones tan mudadas, que ni vuestro mismo padre os podria conocer: por lo que hace á la causa de vuestra ausencia, las medidas que habeis tomado, os ponen á cubierto de todo: no os vais: creedme. No, amigo mio, ha respondido Desormes: es preciso que huya del peligro que me rodéa... á Dios... ya no me volverán á ver nunca... una mirada, una sola pa-

labra me perderia sin remedio. Dicho esto, abraza á su amigo, monta, y le pierdo de vista.

Clem. ¡Ah, Julia! ¡qué cruel es mi tormento!

Sirv. ¿Qué puedo inferir de esto? un hombre de bien no procede de este modo; no huye; no se oculta... Quiera Dios que mis sospechas sean injustas...

Llega al buró, le abre, y dice.

¡Me han robado!... ¡ah! ¡malvado!

Clementina cae sobre una silla, queda con la cabeza baxa, en actitud de quien reflexîona profundamente.

Cárl. Es necesario ir en su seguimiento; no hay que perder un instante... vamos todos corriendo.

Sirv. No, no; dexad, dexad á ese miserable que busque en otra parte el castigo debido á su baxeza: puedo sobrellevar esta pérdida, pero no resolverme á conducirle al cadahalso... no podrá evitarlo... pero corra á cargo de otro mi venganza...

A su hija.

¡Desormes, á quien todos mirábamos como el mas virtuoso de los hombres, á quien yo amaba, y en quien habia puesto toda mi confianza!...

En la misma actitud, hablando consigo sin atender á nada.

Clem. No... no le conocen bien... los malvados que le acusan verán caer sobre sí mismos todos los tiros de su calumnia... yo iré á buscar á mi padre...

Sirv. ¿Qué es lo que dice?

Clem. La expresion de la verdad es muy persuasiva...

Mirándola atónito, y acercándose á ella.

Sirv. ¡Clementina!

Se vuelve con viveza, y como sorprehendida.

Clem. ¡Ah! ¡padre mio!... ¿vos sois?... es imposible que formeis sospechas de Desormes... no le acuseis... no... yo lo conozco en vuestros ojos: el crímen que se le imputa es el mas infame de todos; y él incapaz de cometerle; no precipiteis el juicio contra él... los dos merecémos vuestra estimacion... nadie es mas digno que él... y yo juro á vuestros pies que abrazo...

Sirv. ¡Qué trastorno de cabeza!...

En su delirio da la carta á su padre.

Clem. Mirad, mirad la carta que me ha escrito... leedla... es un hombre lleno de virtud... no tengo de que avergonzarme.

Sirv. ¿Qué papel es éste?

Julia. ¡O cielos!

Volviendo un poco en sí, hace un movimiento para volver á tomar la carta.

Clem. ¡Mi amado padre!...

En tanto que él lee la carta, ella está de rodillas sostenida por Julia.

Sirv. ¡O Dios! ¡qué es lo que leo! ¡y qué es lo que descubro!...

Lee.

"Yo me alejo para siempre de vuestros ojos:
» debo hacerlo, mi amada Clementina...

La mira con terrible ceño.

» á Dios para siempre: olvidadme: de este es-
» fuerzo depende vuestra felicidad"...

Se interrumpe, y dice con voz sofocada.

Bien podia aspirar á ella; pero despues de vileza semejante...

Lee.

"Por todas partes me seguirá vuestra imágen,
» ésta adorada imágen que me hará respetar una
» miserable vida, que queréis que conserve: os
» amaré hasta mi último suspiro... poco puedo
» tardar en exhalarle: me amais, y os pierdo:
» mi corazon se deshace, y mis lágrimas bañan

„estas lineas: á Dios, amada Clementina: á „Dios eternamente.

Se retira un poco, y Clementina, siempre de rodillas, se dexa caer hácia atrás sobre Julia. Los criados se han alejado miéntras la lectura.

Cárlos, Luis... corred todos detras de ese malvado... muerto ó vivo, traedmele; yo os lo mando.

Vanse los Criados.

SCENA IV.

Clementina, Julia y Sirván.

Sirv. Si yo atendiese á mi cólera, y á mi honor ultrajado, en tu sangre sería donde apagase tan despreciables amores.

De rodillas siempre, y alargándole los brazos.

Clem. ¡O padre mio!

Sirv. ¿Yo tu padre? no, no lo soy: no es posible que yo haya dado el ser á quien ha elegido el objeto de su amor entre estos entes envilecidos, y destinados á perecer un dia con oprobio.

Se levanta con viveza, y se paséa como fuera de sí diciendo.

Clem. ¿Dónde está? ¿dónde se halla? que se pre-

sente; que se justifique: yo le amo, y no puede ser indigno de mi afecto.

Enfurecido.

Sirv. ¿Cómo? ¿delante de mí tu boca se atreve á pronunciar?...

Conteniéndole.

Julia. ¡Ah, señor! ¿no veis que no está en su juicio? por Dios, que moderéis vuestro furor.

Cae sobre una silla.

Sirv. Yo no puedo soportar tan bárbara desesperacion.

Delirando, y con la mayor energía.

Clem. El vendrá; se justificará: pongo al cielo por testigo de la pureza de su corazon: nunca, nunca se alvergó la virtud en alma mas hermosa... yo le llevaré á presencia de mi padre... sí... vuelo con él... ¡crueles! ¿por qué me lo impedís?... ¿temeis que escuche los gritos de una hija perdida, que ceda á la compasion, que no atienda á Desormes, y no le vuelva el honor que pretendeis arrebatarle?... en vano, en vano me conteneis, y á pesar vuestro hallaré á mi padre...

Repara en su padre, y desembarazándose de Julia, se arroja hácia él.

¡Ah! ¡Dios!... ¿yo os vuelvo á ver? ¿sois vos?

los inhumanos querian impedir que llegase á vuestros ojos... pero puedo desafiarlos entre los brazos de un padre querido: defendedme en ellos contra unos bárbaros que solicitan mi muerte, y la ignominia de Desormes... Cumplid con la obligacion mas sagrada, que es el apoyo de la inocencia oprimida.

Cae en el pecho de su padre, el qual la recibe, llora y la traslada dulcemente á los brazos de Julia.

Sirv. Tú me arrancas el corazon.

SCENA V.

Los dichos y Luis.

Luis. Señor, algunos aldeanos de las cercanías acaban de ver pasar á Desormes por delante del castillo, habrá quando mas un quarto de hora.

Sirv. ¿Cómo? despues de tan horroroso crímen, ¿todavía tendría atrevimiento?...

Clem. ¿Qué tratan? ¿qué es lo que decís?

Luis. Cárlos y mis compañeros han corrido en su seguimiento; y es imposible que pueda escaparse.

Clem. ¿Pero quién?

A Julia.

Sirv. Apartadla de mi vista... arrastradla hasta su quarto.

Resistiendo.

Clem. No, no: ya conozco lo que queréis... ¡ay de mí!... yo soy perdida.

SCENA VI.

Los dichos y Franval padre.

Franv. ¿Qué es lo que sucede? ¿qué significa tan terrible tumulto en toda la casa?

Con ímpetu.

Sirv. Un monstruo, un malvado... Desormes... ha violado todos los vínculos y todas las leyes de la honradez... no puede haber padre mas digno de compasion que yo... ni hombre tan cruelmente engañado.

Clem. El está inocente... yo no soy criminal.

Julia. Venid, venid conmigo.

Resistiendo á Julia, y hablando á su padre.

Clem. Quitadme una vida que aborrezco.

Arrojándose en los brazos de Franval.

Sirv. No me abandoneis, amigo... pronto sabréis...

Franv. ¿Pero qué he de saber?...

Alargando los brazos á su padre.

Clem. ¡O padre mio!

Julia. ¡Dios de bondad!

Franval lleva á Sirvan á su quarto, y Luis y Julia llevan por fuerza á Clementina miéntras dice.

Clem. ¡Bárbaro! ¿por qué desatiendes mis sentimientos?... pero ten por cierto que si Desormes muere, baxará con él Clementina á la horrorosa noche del sepulcro.

ACTO QUARTO.

SCENA PRIMERA.

Franval padre y Sirvan.

Franv. No le entregueis á la justicia, sin estar enteramente convencido de su delito: pensad que una equivocacion os podría hacer víctima de agudos y eternos remordimientos.

Sirv. Aunque todo depone contra él, me conformaré con vuestro dictámen; pero aunque manifieste su inocencia, ¿cómo podrá justificarse de la seduccion?

Franv. Vos mismo confesais que siempre ha observado una conducta irreprehensible: ¿tan pronto ha podido pasar al extremo opuesto? amigo, se puede diferir la venganza; pero una vez executada, ¿cómo es posible repararla?

SCENA II.

Los dichos, y Julia muy agitada.

Julia. ¡Ah! ¡señor!... ¡Clementina!... son inútiles todos mis esfuerzos para con ella... ¡la desesperacion mas horrorosa se ha apoderado de su corazon!... á nadie conoce... á nada atiende... ha perdido el juicio enteramente: venid, venid: sola vuestra presencia podrá hacerla entrar en sí misma.

Sirv. ¡Mi hija!... ¡justo Dios!... ¡ó amigo mio!

Franv. No me apartaré de vuestro lado.

Entran por un lado, en tanto que los criados salen por la puerta del fondo: traen á Desormes con el cabello descompuesto, los vestidos despedazados, y en el estado mas lastimoso.

SCENA III.

Cárlos, Luis y Desormes.

Cárl. Aquí... aquí... traedle aquí mismo, que el amo vendrá luego.

Luis. Su estado me compadece.

Desorm. A lo ménos respetad mi desdicha.

Cárl. Sois un malvado... no esperéis compasion.

Los criados dexan libre á Desormes, el qual se dexa caer en una silla.

Desorm. ¡Ah! ¡gran Dios!

Luis. ¿Vos, señor? ¿vos?...

Cárl. ¿Quién lo hubiera creído?

Desorm. Apénas puedo respirar... ni veo ni entiendo nada... amigos mios, ¿en qué os he ofendido? ¿qué es lo que he hecho?

Cárl. ¿Qué es lo que habeis hecho?

Desorm. ¿Por qué me tratais con tanta inhumanidad?

Cárl. Bueno por mi vida, ¿qué es lo que habeis hecho?

Luis. Acabad de una vez, y dexadle en paz... ya es demasiada crueldad; pues aunque sea culpa-

ble, es desgraciado, y como tal, muy digno de compasion.

Desorm. ¡Qué estado el mio! ¡cómo me han tratado!... ¿pero qué crímen he cometido?

Cárl. Un crímen del que cada uno de nosotros podia ser acusado, siendo incapaces de cometerlo: confesadlo, señor, confesadlo: si estais convencido, ¿para qué serviría el negarlo?

Desorm. Por Dios, que si os queda algun sentimiento de humanidad, dispongais que yo hable al señor de Sirvan: se me imputan crímenes... ignoro... no puedo comprehender... me confundo en el horror de mi situacion... ¿dónde está el amo?

Luis. Está en el quarto de su hija, la qual, tal vez ahora mismo, espira entre sus brazos.

Exclama desesperadamente.

Desorm. ¡Santo Dios!

SCENA IV.

Los dichos, Sirván y Julia.

A Julia.

Sirv. Dexadme... yo no puedo presenciar un es-

pectáculo que me mata... volved, volved... no la dexeis un instante. *Vase Julia.*

Corriendo hácia Sirván.

Desorm. ¡Señor!...

Sirv. Monstruo, respóndeme: ¿qué te hecho para haber introducido en mi familia la desesperacion y la vergüenza? No, no te hablo de la vileza con que te has infamado...

Sorprehendido.

Desorm. Señor, ¿vos tambien?... ¿tambien vos me acusais?

Sirv. El vergonzoso exceso de tu baxeza, no es lo que me irrita, ¡pluguiera al cielo que éste solo fuera tu crímen! te olvidaría, te miraría con desprecio, dexando á otro la obligacion de conducirte al suplicio que mereces.

Levantando los brazos.

Desorm. ¡Cielo santo!

Sirv. Pero tú me has arrebatado mi hija... tu seduccion la ha revelado contra mí, y ha dispuesto de su corazon á favor del objeto mas abominable... perderá el juicio, y tal vez la vida... esto es lo que nunca te perdonaré, y lo que haré castigar. La vergüenza, los tormentos y el

suplicio mas infame me vengarán de la desesperacion en que me confundes, de la desgracia que me agovia, y de la pérdida irreparable que ocasionas, y que me costará la vida.

Confundido.

Desorm. ¡Justo Dios!

Sirv. Declara tus cómplices: es forzoso: ¿quién era el hombre á quien hablaste ántes de partir?... ¿en qué criminales manos has depositado el robo que me has hecho? él servirá de motivo á mi venganza: habla, habla... y muere luego cubierto de la ignominia que tienes merecida.

Con mucha firmeza.

Desorm. La ignominia solo la merecen los malhechores: yo estoy inocente.

Sirv. ¿Inocente?...

Desorm. Sí; lo soy: podrán quitarme la vida, mas no seré por eso delinqüente: los dias del malvado, y los del hombre virtuoso estan igualmente en manos de los hombres: pero la virtud depende solo de Dios: no está á discrecion de ellos: ¿pero dónde estan los que me acusan? ¿qué pruebas hay contra mí?

Sirv. Todo está averiguado: todo te convence: en vano has querido eludir las sospechas, dexando

abierto este buró, y en él puesta la llave: tu agitacion, tus palabras, tu fuga, tus falsas precauciones... ¡ó Dios! ¡con quánta inconseqüencia se conducen los malvados! en vano la noche los encubre: ellos mismos llevan consigo la espantosa luz que manifiesta sus atentados.

Desorm. Mi corazon es puro; y el que juzga todas nuestras acciones, nunca me verá avergonzarme de las mias. Mas si el amar á Clementina lo reputais por delito, y para expiarlo es necesario el sacrificio de mi vida, estoy pronto á ofrecerla: mucho tiempo ha que me sirve de peso... pero tengo padre... ¡ah Dios!... tengo padre... no lleveis su hijo al cadahalso... estoy inocente, y mi padre deshonrado baxaría al sepulcro maldiciendo mis desgraciadas cenizas.

Sirv. ¡Que las maldiga! ¡que tu nombre sea abominado! yo pierdo la hija mas querida... la pierdo solo por tí, y para tí: no podré sobrevivirla; pero á lo ménos moriré vengado.

Andando muy agitado.

Desorm. ¡Clementina!... ¡ó tormento insufrible!... ¿en dónde está?... conducidme hácia ella, y exhale yo á sus pies mi último aliento.

Sirv. ¿Tú presentarte delante de mi hija? retírate, bárbaro; yo detestaré eternamente el primer instante que te ofreció á sus ojos.

SCENA V.

Los precedentes, Clementina, Julia y Franval padre.

Pálida, descompuesto el cabello, y arrancándose de los brazos de Julia y Franval.

Clem. Inútiles son todos vuestros esfuerzos: los dos morirémos juntos...

Encontrando á su padre, y con mucha resolucion.

Padre mio, ¿habeis ya consumado vuestra venganza?... pues todavía os falta la víctima que teneis á vuestra vista.

Sirv. ¡Crueles! ¿por qué la habeis dexado sola? ¿tambien vosotros conspirais contra mí?

Desesperadamente.

Desorm. ¡Clementina!

Mirando á todas partes.

Clem. ¿Qué acentos han llegado á mis oídos? me parece su voz...

Le advierte, da un grito, y cae en los brazos de su padre.

¡Ah!... él es.

Desormes quiere acercarse, y se lo impide Sirván.

Sirv. ¡Apártate bárbaro!... ¿solicitas que espire entre los brazos de su padre?

Coge á Desormes del brazo, y le dice.

Franv. Alejaos; respetad los males que originais.

Herido de esta voz, se vuelve, le reconoce, y exclama ocultando el rostro entre sus manos.

Desorm. ¿Quién me habla?... ¿qué queréis?... ¡ó Dios! él es sin duda alguna.

Franv. ¿Qué dice este hombre? ¿y por qué se sorprehende al mirarme?

Fuera de sí: con energía y andando.

Clem. No: á pesar de quanto depone contra él... Desormes no puede ser culpable... nada temas... dí, que no eres delinqüente... el cielo apoyará las voces de la inocencia... y vosotros, á quienes la crueldad del destino autoriza para que seais sus jueces, dexadle hablar: es preciso escuchar al hombre justo acusado, y que con sola una palabra puede justificarse... ¿pero de

qué sirve?... ellos han resuelto su ruina... porque le amo... este es todo su delito... ¿y por qué ha de hacerle reo mi ternura?... ¡como si el amor dependiera de nosotros, y no fuese un sentimiento que inspira la naturaleza!

Se dexa caer abatida sobre una silla.

Durante esta scena, Desormes manifiesta su desesperacion. Franval no aparta de él su vista; la suya se fixa en Franval, y Clementina expresando la diversidad de sentimientos que le agitan, y al fin con dolorosa voz dice.

Desorm. Esta es demasiada crueldad... esto es prolongar demasiado un suplicio muy superior á mis fuerzas;

A Franval.

y vos cuyos ojos fixos en mí, parece que manifiestan el horror de mi suerte, agradeced el misterio que os oculta en parte la extension de mis desgracias. Yo pido la muerte como un beneficio... interesaos para que se me cumpla este deseo, ¿qué os puede costar el solicitar mi muerte? ¡Ah! no me expongais á maldecir el instante de mi nacimiento, y los primeros autores de mis males, ni á quejarme del cielo porque sus

rayos no me confunden: preservadme de la rabia, la desesperacion y el sacrilegio.

Franv. ¡Insensato! ¿qué es lo que os atreveis á pronunciar? Arrepentíos, arrepentíos.

A Clementina muy dolorido.

Sirv. ¡Clementina!... hija mia... vuelve en tí... mira como te estrecho entre mis brazos.

Vuelve en sí Clementina; pero extremadamente debilitada por la violenta crisis que acaba de experimentar, dice con voz débil que por puntos se va degradando.

Clem. Padre mio, escuchadme: y vosotros que me ois, juzgadme con relacion á mi desventura, y no por lo que he dicho... la virtud y verdad viven en mi corazon... pero he perdido el juicio... un débil resto conservo solo para deciros que Desormes en nada es culpable... no os expongais á manchar vuestras manos en la sangre del inocente... un tardío y vano arrepentimiento no le restituiría una vida perdida enmedio de los tormentos...

Quiere esforzarse para arrodillarse ante su padre, y vuelve á caer en los brazos de Julia.

Sobre todo, y principalmente á vos os suplico...

las fuerzas me abandonan... llevadme de aquí... que yo no muera en su presencia.

Fuera de sí, y ayudándola con Julia á salir.

Sirv. ¡Clementina!... ¡Clementina!... ¡hija mia!...

Corriendo hácia ella, y detenido por los criados.

Desorm. Dexad, dexad que yo la acompañe al sepulcro.

Desesperado, y alargando los brazos á Franval.

Sirv. ¡Se muere!... ¡ó Dios!... ¡yo la he perdido!

Franv. ¡O amigo demasiado infeliz!

Sirv. ¡Lo soy sin duda alguna! pero me queda un consuelo.

Franv. ¿A dónde vais precipitado?

Sirv. Dexadme.

Franv. Venid hácia vuestra hija.

Sirv. ¿Para verla espirar? ya á nada atiendo...

A los Criados.

Velad sobre este malvado; si se huye, vosotros seréis responsables.

A Desormes con rabia.

Todo, todo lo he perdido... monstruo... tú eres

la causa... pero sobre tí va á caer todo el furor de mi venganza.

Franv. ¿Qué vais hacer?

Sirv. Entregarle á todo el rigor de las leyes: vengarme y morir.

Vase sin poderlo contener.

Franv. Deteneos... esperad...

Mirando á Desormes.

ya es en vano, ¡desventurado jóven!... ¡ah! á pesar mio, su triste suerte...

A los criados.

amigos, dexad que le hable á solas: apartaos por un breve tiempo.

Los criados entran por la puerta del fondo que queda abierta, y á la que se asoman de quando en quando.

SCENA VII.

Franval padre y Desormes.

Este está reclinado en una silla entregado enteramente á su dolor.

Aparte.

Franv. Mi corazon se halla penetrado...

A él.

Estamos solos, y cedo al afecto poderoso que á pesar mio, me habeis inspirado: no os pido que me digais la verdad: inocente ó culpable, no puedo abandonaros á la suerte que os amenaza.

Se adelanta á la puerta dol fondo: nadie comparece: observa si puede ser oído; vuelve, y en voz baxa dice á Desormes.

Entrad en este quarto: sus ventanas caen al jardin, por el qual no será dificil vuestra fuga.

Desormes no responde; sus acciones manifiestan su desesperacion.

¿No me respondeis? pensad que los momentos son preciosos, y que un solo instante que se pierda puede poneros en unas manos, de las que me será imposible libertaros...

Desormes le mira.

¡Qué sombrío silencio! ¿de este modo pagais lo que hago en favor vuestro?

Desormes mira á Franval; suspira profundamente, y levanta las manos al cielo.

¡Que no esté en mi poder el acreditar vuestra inocencia! Todo os acusa, y yo no puedo resolverme á dexaros perecer.

Los criados se han dexado ver un instante, y luego se ocultan.

Venid: seguidme.

Le coge del brazo, y Desormes mirándole fixamente se levanta, se suelta, vuelve á quedar como ántes, y da á entender que no quiere huir.

Reflexîonad pues... advertid que os exponeis al último suplicio.

Hace un gesto de desesperacion, se levanta con ímpetu, y vuelve á caer.

Si no temeis la muerte... si desprecias la ignominia... debeis á lo ménos atender al honor de vuestra familia: ¿por ventura teneis padres?

Desormes llorando y ocultando el rostro en sus manos.

Sin duda los teneis; y su memoria os arranca esas lágrimas: ¡ah! ¡qué será de ellos!... ¡quedaran deshonrados!

Desormes se levanta con vivacidad: anda como fuera de sí: luego queda inmóvil mirando al suelo, y despues se arroja al pecho de Franval.

¿Llorais?... ¡llorais!... ¡ah Desormes! hay ciertos crímenes que no se reparan con las lágri-

mas, ni con un tardío arrepentimiento. La seguridad pública cierra todos los corazones á la compasion... pero vos enterneceis el mio... le penetrais de dolor: huid, huid; yo os lo suplico.

Desormes da á entender que no quiere huir.

¿Con que quereis morir? Vivid, jóven desdichado: en nombre de vuestro padre, si le teneis...

Desormes cae á los pies de Franval.

¿Qué es esto? ¿os postrais á mis pies?... ya os lo he dicho... un sentimiento involuntario... la ternura mas grande habla á mi corazon en vuestro favor.

Desormes toma la mano á Franval, y se la besa muchas veces.

¿Vive todavía vuestro padre?

Sollozando.

Desorm. El cielo, que me abandona, me lo ha conservado.

Franv. ¿Os ama?

Desorm. Bien tarde me lo ha manifestado; pero al fin muero contento, sabiendo que no me aborrece.

Franv. ¿Quién sois?

Desorm. No me conozcais.

Franv. ¿Me negais esta declaracion?

Desorm. Debo hacerlo.

Franv. ¿Conozco yo vuestros padres?

Desorm. Si señor.

Franv. ¿Dónde estan?

Desorm. Por compasion...

Franv. Respondedme: ¿de dónde sois?

Desorm. De Grenoble.

Franv. ¡Cómo!...

Desorm. Dexadme morir; dexadme...

Franv. Respondedme, Desormes: ¿vive todavía vuestro padre?... ¿por qué le habeis dexado?

Desorm. Porque me aborrecia.

Franv. ¿Por qué causa?

Desorm. Porque defendí mis derechos contra una madrastra implacable.

Franv. ¡Qué oigo, cielos! Mírame... tus facciones....

Desorm. El tiempo y la desesperacion las han desfigurado.

Franv. ¿Sería posible?... ¿Franval?... ¿cómo?... ¿serías tú?... ¡ah!... habla... respóndeme.

Desorm. ¿Qué quereis saber?

Franv. Si soy el mas desventurado de los padres.

A sus pies.

Desorm. ¿Me lo perdonaréis?...

Con fuerza.

Franv. ¿Qué dudo?... él es.

Desorm. Ved aquí vuestra víctima.

Le abraza.

Franv. ¡Hijo mio!... ¿cómo?... ¿eres tú á quien estrecho entre mis brazos?

Desorm. ¡Ah! ¡padre mio!

Franv. ¿Qué?... quando el arrepentimiento de tu madrastra en su última hora acaba de disculparte, y quando reconozco mi injusticia para contigo, ¿te se prepara el suplicio, y te espera la infamia?

Desorm. ¡Ah! yo no la merezco mas que merecí vuestro aborrecimiento y la cruel maldicion con que en otro tiempo me cargasteis.

Descompuesto y desesperado.

Franv. Tú despedazas mi corazon... ¡ó hijo mio!... ¡hijo mio!... pero en este instante... ¡gran Dios!... te acusan; disponen tu ruina... si tardo un instante... quédate aquí... vuelo tras de Sirván... él ignora... ¡ó mi amado hijo!... yo soy solo quien te sepulta en tan horrible abismo.

Desorm. ¡O padre mio!

Franval corre á los criados que estan en el fondo; les hace entrar, les habla enérgicamente y sollozando.

Franv. Venid, amigos mios... este desgraciado jóven... es mi hijo... no le maltrateis... compadeceos de mí y de él... yo voy... corro... ¡Dios santo! tu bondad permita que pueda llegar á tiempo oportuno.

ACTO QUINTO.

SCENA PRIMERA.

Luis y Julia.

Luis. Y bien, Julia, ¿cómo está la señorita?

Julia. Todavía no se debe desesperar de su vida.

Luis. ¡Quánto perderíamos si este golpe nos la arrebatase!

Julia. Ha recobrado el conocimiento, y su espíritu parece mas tranquilo: puede juzgarse que esta última crisis la ha vuelto en su acuerdo; pero se niega á todo alivio... llora: llama á Desormes, y de repente se secan sus lágrimas; cae en una profunda distraccion de la que no sale

sino para volver á pronunciar el nombre de su amante.

Luis. El señor de Franval ha ido como una exhalacion tras del amo: estaba sumamente descompuesto y alterado: nosotros nos habiamos separado por consideracion de él y de Desormes: despues nos hizo acercar, y nos ha dicho: "amigos mios, éste es mi hijo, está inocente: »no le maltrateis: tened compasion de él y de »mí:" dicho esto, salió bañado en lágrimas; é ignoramos qué significa esto.

Julia. ¡Su hijo! ¡Desormes hijo suyo!

Luis. Así lo ha dicho.

Julia. ¡Gran Dios! ¡si habrémos llegado al término de tantos males!... pero San German.

SCENA II.

Los dichos, y San German vestido de camino.

Julia. ¿De vuelta ya, San German?

S. Germ. Sí: mi amo jóven, y el hijo del señor de Franval, llegarán muy en breve; y yo me he querido anticipar á prevenirlo.

Julia. Desde que os fuisteis han pasado en el castillo cosas muy extraordinarias: Clementina

ha estado á punto de perder la vida.

S. Germ. ¡Cielos!...

Julia. ¿Pero cómo podriais creer que Desormes...

S. Germ. ¿Qué?

Julia. Habia en este buró una suma muy considerable, y durante la noche ha desaparecido Desormes llevándose el dinero que acababa de recibir.

S. Germ. ¿Cómo?

Julia. Todo depone contra él: todo le condena, y nadie puede dudar...

S. Germ. ¿Y le acusan de ello?

Julia. Y luego le van á entregar en manos de la justicia.

Exclamando fuertemente.

S. Germ. ¡Ah Dios! ¡ah justo Dios!

Vase corriendo.

SCENA III.

Julia y Luis.

Julia. ¿Qué será esto?... ¿á dónde irá con tanta precipitacion?

Luis. Bueno fuera que saliésemos ahora con que Desormes se halla inocente.

Julia. Yo no se qué pensar... lo que me habeis dicho, la exclamacion, la sorpresa y salida precipitada de San German... todo me confunde; todo aumenta mi incertidumbre: voy á ver á Clementina; pues si Desormes se justifica, ella debe saberlo ántes que todos.

Comparece Desormes en el fondo.

Luis. Vedle allí.

Julia. Calmad, si fuere posible su dolor: animadle á no omitir nada en órden á su justificacion, que nos es tan necesaria á todos como á sí mismo.

Vase Julia. Desormes se adelanta poco á poco: está pálido y desfigurado: algunos criados comparecen en el fondo, y manifiestan su consternacion.

SCENA IV.

Desormes y Luis.

Luis. ¿Señor Desormes?... ¿señor?

Desorm. ¡Amigo mio!... no me atrevo á informarme de vos... ¡ay amigo!

Luis. Hablad; nada temais: no creais que yo soy uno de vuestros acusadores: no; nunca he creido que pudieseis hacer cosa opuesta á la probidad.

Desorm. Mil cosas son las que ahora ménos me interesan :. pero no me oculteis nada... decidme... ¿hay alguna esperanza? ¿habré perdido todo? ¿Clementina?...

Luis. Vive todavía.

Desorm. ¡O Dios! yo os doy las gracias mas rendidas... con tal que ella me sobreviva, muero contento.

Luis. ¿Morir? No señor: quedaréis justificado: el cielo no permitirá que seais condenado por unas simples apariencias: todos os respetamos, y nos debeis á todos entrañable amor: nadie hay que no os deba mil beneficios; y tanta bondad y humanidad no nacen de un corazon envilecido.

Desorm. Vuestra estimacion me es muy apreciable: verdaderamente no soy indigno de ella: si Clementina no exîstiese, vuestro corazon seria el único que me hubiese hecho justicia.

SCENA V.

Los dichos, Clementina y Julia.

Habla con Julia Clementina, la qual, durante la scena, va recobrando por grados sus fuerzas.

Clem. No; no son falsas tus conjeturas: no, Julia mia; creo vuestra relacion y mis presentimientos... ¡Ah Desormes! yo os buscaba.

Desorm. ¿Todavía os dignais de ver á un desventurado?

Clem. ¿No está mi vida unida á la vuestra? ¿pensais que yo podria sobrevivir á vuestra pérdida?... ¿pero qué es lo que me ha dicho Julia?... Ella me ha hablado del señor de Franval, de vuestro padre... ¡ay!... ¿mis ideas han llegado á tal extremo de confusion?... ¿qué relacion hay entre vuestro padre y el señor de Franval?

Desorm. Mi destino es el hacer desgraciados á todos quantos amo: aquel padre que tanto tiempo me aborreció, y que ya desengañado me abre su seno, y me vuelve toda su ternura... es el señor de Franval.

A Julia.

Clem. No, no perecerá: vuestra suerte va á mudar de semblante: un padre nunca abandonó á su hijo, por culpable que fuese, pudiendo salvarle.

Desorm. ¿Y estará eso en su arbitrio? Es cierto que ha ido en seguimiento de vuestro padre... pero no vuelve... ya me habrán denunciado... los indicios me condenan... y soy perdido si el cielo no toma á su cargo mi defensa.

Con mucha fuerza.

Clem. No: mi corazon se ha reanimado: ya no estoy fuera de mí: acaba de renacer en mi alma la esperanza: no pueden engañarme los presentimientos: el infortunio ha llegado á su término: el cielo os experimentaba: vais á triunfar.

Espantado.

Desorm. ¿Pero qué ruido es el que se percibe?

Con la mayor energía.

Clem. Nada receleis: nuestras desdichas se han acabado.

SCENA VI.

Sirván por un lado con un Exênto: Franval, padre por medio corriendo: Valvill, S. German, y Franval, hijo, por otra parte con precipitacion: Clementina y Julia estan á un lado: Desormes enmedio, y los criados en el fondo.

Al Exênto.

Sirv. Vedle aquí, señor: este es.

Por Desormes.

Cae en los brazos de Julia, y tiende los suyos á su padre.

Clem. Deteneos.

Se abraza á su padre.

Desorm. ¿Padre mio?...

Franv. padre. ¿Qué es lo que vais á hacer?... es mi hijo... venid á degollarle entre mis brazos.

Sirv. ¡Su hijo!

Con la espada en la mano cubriendo á Desormes.

Franv. hijo. Sí: es mi hermano, y no es delinqüente.

Arrodíllase á Sirván.

S. Germ. Por Dios, señor... por Dios... escuchadme.

Del mismo modo.

Valv. Yo soy, padre mio... yo... Desormes está inocente.

Sirv. ¿Qué oigo?

Franv. padre. ¿Qué es lo que decís?

Valv. y S. Germ. Yo soy la causa de todo.

Valv. Atended, padre mio... el único culpable es vuestro hijo.

Sirv. ¿Mi hijo?

Valv. Esta noche, quando todos descansaban... yo solo...

S. Germ. ¡Ah! yo soy mucho mas reo.

Sirv. Hablad de una vez: declaraos.

Valv. Ayer perdí una cantidad considerable baxo mi palabra de honor: os temo demasiado, y no sabía cómo desempeñarme: amenazando con mi muerte á este hombre honrado, le precisé á ser mi cómplice: todo reposaba: este buró estaba abierto: tomé el dinero que contenia: salí ántes de las quatro á cumplir mi palabra: monté á caballo, y fuí á recibir á Franval, á quien referí mi pérdida, mi pesar, mi vergüenza, y mi crímen: su generosa amistad iba á repararlo todo:

llego, y me cuentan que Desormes... ¡ah! él va á perecer inocente, siendo yo el único delinqüente: ¡padre mio! castigadme; nada excuseis á un hijo que os deshonra: penetrad, traspasad un corazon devorado de los remordimientos: no tengais compasion: ve aquí mi pecho: traspasadlo, que yo moriré llenándoos de bendiciones.

Atónito, despues de una breve pausa.

Sirv. ¡Infeliz! ¡miserable! ¡á qué peligro has expuesto á tu padre!...

A Desormes.

y vos á quien he hecho la mas odiosa injusticia...

Como fuera de sí.

Desorm. ¡O Señor!... ¡ó padre mio!... y vos Clementina... ¡mi amada Clementina!

Hace señas de que no puede hablar.

Franv. padre. ¡Hijo mio! este imprevisto suceso embarga el exercicio de su lengua.

Franv. hijo. Vuelve en tí, hermano mio, y permite tus brazos á mi cariño.

Sirv. Amigo mio, perdóname los males que te he causado.

Confuso de quanto le pasa.

Desorm. Clementina... bien me lo habia pronosticado... vedla, padre mio, vedla.., casi ha per-

dido la vida por mi causa.

Sirv. ¡Mi sinrazon es horrorosa!...

A su hijo.

mira el abismo en que ibas á sepultarme: ¡jóven inconsiderado! ¡el hombre de bien se ha visto por tí tratado como criminal! ¿concibes las conseqüencias de una falta, por desgracia, demasiado comun, y cuya trascendencia es inaccesible á la poca reflexîon de tu edad? Si quieres que la olvide, tú mismo debes hacerla pública... yo exîjo, para que á lo ménos tu exemplo y tus remordimientos hagan temblar, y contengan á quantos se hallen propensos á imitarte: y vos San German, ¡vos! ¡habeis tenido la debilidad...

Llorando.

S. Germ. ¡Le he visto nacer!

Sirv. No dudo de vuestra probidad: veo vuestro dolor, y lo tengo por sincero: á vos mismo os diréis quanto yo puedo deciros.

Abrazando las rodillas del señor Sirván.

S. Germ. ¡O señor mio!

A su hijo.

Sirv. Levantaos; yo os perdono: esta leccion es terrible; aprovéchate de ella.

Valv. ¡O padre mio! ¡ó Desormes! Nada puede

igualar mi vergüenza y arrepentimiento sino el mortal dolor de haber hecho sospechosa un instante la probidad del hombre que mas estimo.

Desorm. Pues esa falta que sentís con tanta amargura, es á la que debo la felicidad de haber vuelto á hallar mi padre, y á Clementina... pero dexemos pasados males, que ya no me parecen sino un sueño.

A Franval, padre.

Sirv. Amigo mio, yo te vuelvo tu hijo.

Franv. padre. ¡Qué culpable he sido para con él! ¡quántas injusticias tengo que reparar!

Desorm. Una vez que no me aborreceis, todo queda olvidado.

Sirv. Amigo mio, con mucha crueldad te he perseguido... la posesion de Clementina ¿bastaria á desempeñarme?

Desorm. ¡O señor!

A Franval, padre.

Sirv. Supongo que la aprobais;

Al hijo.

y que vos no os daréis por ofendido: yo ignoraba su recíproco amor, y os tengo por demasiado generoso...

Franv. padre. Mi hijo sabe lo que debe á su hermano.

Franv. hijo. Decid á mi amigo, que este sentimiento aumente los vínculos de la naturaleza. ¡O hermano mio! disfruta una felicidad que tanto has merecido: señorita, amad en mí al amigo de vuestro esposo: nada excusaré para merecer vuestra estimacion y su ternura: haceos mutuamente dichosos, y vuestra felicidad será la mia.

Desorm. Hermano mio: mis lágrimas te respondan.

Sirván une á los esposos.

Clem. ¡Ah Desormes!

Desorm. ¡O Clementina mia! ¡quánto se ha mudado nuestra suerte!

Clem. ¡Bien empleados pesares!

Sirv. Vamos queridos hijos: este dia ha sido terrible... pero sean felices los que le sucedan: no me apartaré nunca de vosotros: vivirémos juntos; y mi ternura hará que se confunda en el olvido quanto hemos padecido.

F I N.

